

pandemia. Todo lo contrario: se ha acelerado debido al mayor conocimiento y aprehensión por parte de la sociedad por el aumento de fenómenos naturales extremos, el ritmo de deforestación, la pérdida de biodiversidad y el cambio climático antropogénico que ya apenas nadie niega.

Es, además, por su dimensión mundial, impacto potencial y complejidad política, el desafío medioambiental que dominará el debate político internacional del siglo XXI. Afrontarlo, tanto mediante la mitigación como la adaptación, plantea un problema sin precedentes a escala global que pondrá a prueba no solo el ingenio humano sino también la capacidad de las naciones para preservar su bienestar económico y salvaguardar el contrato social dentro de sus fronteras, y por tanto, mantener la estabilidad geopolítica de nuestra era.

Sin embargo, **en España, lejos de conformar un área de encuentro para políticas públicas consensuadas, el cambio climático está sujeto a un agrio debate público permanente.**

Uno de los principales motivos es que la narrativa social sobre este tema, muy alejada de la labor legislativa tasada por Bruselas, está profundamente ideologizada: se ha generalizado una presunción de que la preocupación medioambiental es intrínseca a la agenda programática de los partidos de izquierdas, condicionando la actividad de comentaristas, analistas y actores políticos, y reforzando la opinión generalizada de que todo líder de izquierdas debe ser un militante ecologista y todo líder de derechas debe evitar caer en la trampa verde.

A nuestro juicio, **esta situación es nociva pero remediable.** Genera un vector adicional de polarización en la sociedad, socavando el consenso para una efectiva protección del medio ambiente. Pensamos que uno de sus motivos de ese desequilibrio es precisamente la ausencia de una narrativa medioambientalista alternativa. Un pensamiento verde propio y genuino distinto a la voz progresista hegemónica en este ámbito que compense el debate medioambiental y lo encarrile hacia coordenadas alejadas de radicalismos. Este *paper* busca precisamente cubrir este vacío, aportando análisis demoscópico, reflexión estratégica y corpus de pensamiento.

Reflexión necesaria

i) Más vale tarde que nunca

Parte de la izquierda ha asumido el discurso verde con rapidez y entusiasmo, empujados por motivos más de fondo. Lo presentan como una invocación para instaurar un mayor dirigismo económico y lo aprovechan como pretexto para impulsar parte de su programa ideológico. Numerosos activistas y pensadores progresistas en España y en el extranjero han sido explícitos en apropiarse discursivamente de la lucha contra el cambio climático para convertirlo en un asidero de subversión del modelo liberal de economía social de mercado para reemplazarlo por una visión anti-capitalista, estatista y basada en políticas de identidad.

La escritora y activista estadounidense Naomi Klein presumía abiertamente de que es un subterfugio para introducir «prácticamente todas las aspiraciones de la agenda progresista agrupándolas en un programa coherente basado en un claro imperativo científico»². En España, entre otros muchos ejemplos, el vicepresidente del Gobierno Pablo Iglesias ha insistido

2 Klein, N. (2019). *On Fire: The Burning Case for a Green New Deal*. Allen Lane, ed.



Imagen: Pixabay

que «para enfrentar la crisis climática es necesario un 'mayor control' democrático sobre la economía»³.

Con estos visos, es comprensible la desconfianza de muchos en España hacia las propuestas medioambientales que provienen del espectro izquierdo de la política. Pero es igualmente cierto que esa apropiación no debe ser óbice para abordar la cuestión de fondo: que **el cambio climático es una amenaza real y grave a nuestra prosperidad, seguridad y libertades, y hacerle frente con liderazgo y determinación es un imperativo económico y político**, amén de una deuda moral con generaciones futuras.

Al rehuir el problema o limitarse a encasillarlo como confabulación partidista, se corre el riesgo de profundizar la brecha que separa a la clase política de una sociedad que expresa un creciente grado de inquietud sobre el cambio climático, empezando por las generaciones más jóvenes, conscientes de que serán quienes más sufrirán las consecuencias del cambio climático en la parte tardía de sus vidas.

Esa clase política no sólo se arriesga a quedarse rezagada a ojos de la sociedad y sus ciudadanos más jóvenes. Empresa e iniciativa privada, tradicionalmente afines a la moderación reformista de corte liberal, ya han asumido por su cuenta la transformación profunda de la economía global como necesidad irreversible y oportunidad irrepetible. Concretamente, el capital financiero internacional ha pasado, en apenas pocos años, de aceptar a regañadientes la necesidad de descarbonizar la economía a entregarse con entusiasmo a planificar cómo financiar la transición ecológica. Y motivados por una mezcla entre olfato financiero y preocupación por exposiciones de riesgos hasta ahora no apreciados, autoridades monetarias, bancos internacionales y grandes inversores trabajan ya codo a codo frente a una realidad ineludible: que existe el cambio climático y que va a haber que mitigarlo, preferentemente más pronto que tarde.

3 Iglesias, P. Frente a la emergencia climática: frenar el descontrol de la Economía. Prensa Ibérica. (5 de diciembre de 2019)

ii) Conservar es un valor conservador

Si bien en España el acervo semántico presenta ciertas idiosincrasias, la tradición política alternativa a la izquierda en Europa puede describirse como eminentemente conservadora. Es decir, aquella filosofía política que, en palabras del pensador y político británico Edmund Burke, busca preservar los bienes sociales transmitidos a lo largo de múltiples generaciones. **Ese pensamiento conservador conlleva una visión intergeneracional de la sociedad y la política. Es a los descendientes, conocidos y por conocer, a los que se desea traspasar el legado creado: propiedad, pero también valores, tradiciones y entorno natural.**

Esa perspectiva intergeneracional es precisamente el enfoque más apropiado para hacer frente al cambio climático de modo efectivo. En 2015 el gobernador del Banco de Inglaterra **Mark Carney definió la problemática del cambio climático como una «tragedia del horizonte»**. Advertía de que, **sin rendimientos tangibles inmediatos, cuesta más persuadir de la necesidad de planificar a largo plazo** y hacía hincapié en la necesidad de una perspectiva de inversiones para la transición energética que equilibre los intereses de múltiples generaciones.

El pensamiento conservador clásico resuelve este dilema con la alineación razonable entre intereses del pasado y del futuro que es inherente a sus principios. Al introducir una razón moral para acometer hoy esfuerzos para salvaguardar el bienestar del mañana, se crean las condiciones que legitiman las políticas de descarbonización y de economía sostenible que salvaguardan el entorno natural que nuestros descendientes heredan. Se trata, al fin y al cabo, de dedicar a la naturaleza el mismo afán protector con el que el conservador se esmera en legar a sus hijos el patrimonio histórico, familiar, cultural y social recibido de sus antepasados.

Es este un principio de carácter iusnaturalista que ha estado siempre presente en el acervo intelectual de occidente, desde la cosmovisión judeocristiana sobre la Creación pasando por el principio ético de *pietas* romana (el deber o las obligaciones no elegidas sino contraídas «*que surgen de nuestra gratitud natural a lo*

que nos es dado»⁴) y evolucionando hasta el siglo XX con la noción cristiana de «custodio» de la naturaleza⁵ y de la oikofilia o amor secular por el entorno natural que acuñó el pensador inglés Roger Scruton en su ensayo *Filosofía Verde*.

iii) El coste de la transición

A esa «tragedia del horizonte» se suma la «tragedia de los comunes», es decir, la dificultad o reticencia de imputar individualmente a aquellos que los generan los costes medioambientales incurridos en el aprovechamiento libre de los recursos naturales compartidos. En esa «tragedia», la suma de acciones individuales actuando en su propio interés pueden, en última instancia, destruir un recurso compartido y limitado, incluso cuando ese impacto es evidente a los ojos de los participantes.

En esta versión adulterada y tramposa de la libertad económica, los beneficios de la «mano invisible» se diluyen y lo que debería haber sido la alineación entre el interés general y el buen funcionamiento del mercado se torna en disfuncionalidad que explotan los detractores del liberalismo. Como la propia Margaret Thatcher señaló en un discurso de 1989:

«Siempre debemos recordar que el libre mercado es un medio para lograr un fin. Frustraría su propio

4 Scruton, R. (2021). *Filosofía Verde*. Página 263.

5 A este respecto cabe recordar las palabras de Juan Pablo II en su catequesis del 17 de enero de 2001 indicando que la del hombre «[...] es la misión no de un dueño absoluto e incensurable, sino de un administrador del Reino de Dios» y que debe evitar ser «déspota autónomo» de la naturaleza.

cometido si al contaminar causara más daño a la calidad de vida que el bienestar que logra mediante la producción de bienes y servicios»⁶.

Las externalidades son evidentes en el caso del deterioro medioambiental por explotación y desechos, pero **cuando se trata de los efectos del cambio climático, a menudo invisibles en el corto plazo, el impacto es más complejo**. Sería de esperar que una detallada 'contabilidad climática', en tanto que sea transparente y esté en manos responsables, permitiría abordar esa dificultad de manera eficiente, identificando costes medioambientales y asignando incentivos que reorienten los patrones de actividad económica en la dirección deseada para lograr una paulatina disminución de la huella de carbono.

Es por ello por lo que **la máxima 'el que contamina, paga' es perfectamente compatible con la defensa de una economía libre de mercado**, y hoy son casi inexistentes los economistas conservadores, liberales o progresistas de prestigio que se oponen a la introducción de un mecanismo de 'impuesto al carbono' o similar bien diseñado.

Queda, empero, la importante cuestión de cuánto y sobre qué periodo de tiempo es asumible el coste de esos mecanismos. Aquí, negacionistas y escépticos convergen con las *casandras* del medioambientalismo radical: para ambos el coste es desorbitado, y mientras estos defienden utopías 'decrecentistas', aquellos abogan por un continuismo obtuso.

6 Thatcher, M. (1989). Discurso a la Asamblea General de Naciones Unidas. <https://www.margaretthatcher.org/document/107817>



Imagen: Margaret Thatcher

La realidad es que en los últimos años se ha avanzado enormemente en la cuantificación de los costes de la transición. Y los avanzados análisis actualizados revelan que las proyecciones pasadas de esos costes han fallado pero por excesivas: **históricamente se ha infraestimado el potencial innovador en las nuevas tecnologías sostenibles**, como evidencia la caída del coste unitario de generación de energía solar y eólica o el abaratamiento progresivo del vehículo eléctrico (incluida la huella de carbono de su producción). Y si bien queda mucho por hacer en este aspecto, también es cierto que la inversión material y en capital humano para la innovación medioambiental está creciendo de modo exponencial y es razonable esperar que dé frutos en las próximas décadas.

Por ello, probablemente **el mayor reto político de la transición no es resolver un falso antagonismo entre decrecentismo económico y calentamiento global sino mitigar el reparto en la sociedad de las cargas económicas** incurridas en la reconfiguración de la economía y la transición energética. Ya es evidente que ciertas políticas energéticas y medioambientales generan inicialmente beneficiados y perjudicados, sobre todo si se acometen de manera apresurada y desordenada. En consecuencia, **será más justa en términos sociales una transición ordenada y juiciosa con medidas compensatorias bien formuladas cuando sea necesario y acompañada de una conversación franca con cada grupo social** para conseguir un apoyo amplio que legitime los esfuerzos frente al cambio climático.

De lo contrario, un envite medioambiental impulsivo y atropellado que muchos invocan sería contraproducente, como, por ejemplo, quedó manifestado en el llamado ‘impuesto al diésel’ que el presidente francés Emmanuel Macron se vio obligado a abandonar en 2018 por no haber apreciado, ni mitigado, ni explicado adecuadamente el impacto desigual de su medida. Y **son precisamente esas políticas medioambientales malogradas y frustrantes las que generan una palpable preocupación entre los grupos de votantes** como los autónomos, profesionales y pensionistas, que están sociológicamente alejados de los progresistas urbanos que suelen monopolizar el debate medioambiental en los medios.

iv) Acción y percepción: otros sí han podido

En España la izquierda no es la única con razones para reclamar sus credenciales medioambientales. El gobierno del Partido Popular creó el Ministerio de Medio Ambiente en 1996, firmó el protocolo de Kioto en 1997 y creó la Oficina Española de Cambio Climático en 2001. Fue pionero en impulsar legislación contra el cambio climático presentando la Ley Integral de Lucha contra el Cambio Climático en 2008 y el Anteproyecto de Ley de Cambio Climático y Transición Energética en 2018.

Sin embargo, la sociedad no se ha hecho eco de esos logros. En parte por la labor revisionista de la izquierda, pero también porque sus competidores políticos no los han reclamado con la suficiencia discursiva de quien está convencido de que está luchando por una buena causa y puede hacer de ello su seña de identidad.

Mientras, la experiencia en otros países europeos demuestra que partidos no progresistas pueden perfectamente construirse unas credenciales medioambientalistas genuinas de cara a la sociedad, haciendo de la lucha contra el cambio climático una política de bandera basada en valores liberal-conservadores. **No se trata solo de legislar escrupulosamente a favor del medio ambiente sino de que se perciba socialmente que existe una convicción auténtica y un entusiasmo sincero en la defensa de la naturaleza.**

El Reino Unido es el caso paradigmático en donde el partido Conservador ejerce de paladín político indiscutible contra el cambio climático frente un partido Laborista que es percibido como incompetente en la conservación del medio ambiente. Fue precisamente Margaret Thatcher, y no François Mitterrand, Willy Brandt o Bill Clinton, el primer estadista de relevancia en Occidente en pronunciar un discurso político medioambientalista en la Asamblea general de la ONU en 1989 que concluía con esta reflexión:

«No somos los amos, somos las obras del Creador, los custodios de este planeta, a los que se ha encargado proteger la vida misma, proteger la vida con todo su misterio y sus prodigios»

En Alemania, la CDU ha llegado a acuerdos de gobierno con el partido verde alemán en varios *Länder* y ha estado históricamente a la cabeza de las reformas que han posibilitado que hoy el reciclaje y el consumo energético responsable sea un hábito comúnmente aceptado por el ciudadano alemán. En el caso de Austria, los conservadores alcanzaron recientemente una alianza de gobierno con el partido verde austríaco, llegando a unos acuerdos históricos en 2021 para una descarbonización ambiciosa de la economía que conjuga transición energética, equidad social y la defensa del crecimiento económico.

Y en los EE. UU., fueron los Republicanos los precursores mundiales del conservacionismo: basta mencionar la creación masiva de parques nacionales por parte de Teddy Roosevelt para hacer frente a la explotación acelerada de recursos naturales por parte de los oligopolios industriales de principios del siglo XX.

Más recientemente, Richard Nixon en 1970 creó la icónica *Environmental Protection Agency* mediante orden ejecutiva para luchar contra la polución y establecer estándares exigentes de calidad del agua y el aire. Y en la campaña presidencial de 1988 George H. Bush era quién se presentó como el candidato verde frente al demócrata Michael Dukakis. Todo ello mientras en la Unión Soviética se cometían los mayores crímenes medioambientales del siglo XX.

Reality check demoscópico: el encaje con los votantes españoles

Tras la reflexión, la evidencia demoscópica. En colaboración con la empresa demoscópica 40DB, *Oikos* realizó este año una macro-encuesta nacional pionera en España por su temática exclusiva sobre el medioambiente y por explorar a fondo las preferencias políticas de los españoles respecto a este asunto.

Los resultados nos permitieron llegar a las siguientes conclusiones preliminares sobre las actitudes de los españoles sobre el medio ambiente:

- **La gran mayoría de los votantes de centro-derecha reconoce la gravedad del cambio climático y son favorables a la protección del medio ambiente.** Si bien le otorgan una prioridad alta, esta es secundaria en comparación con otras áreas de políticas públicas. Comparados con otros votantes, declaran un **menor nivel de conocimiento sobre el tema** y son más favorables a los argumentos que enfatizan la preservación del entorno natural próximo que al discurso de alarma global, es decir: el apego por la naturaleza cercana frente a la emergencia climática mundial.

- La encuesta revela que, **si bien existe un consenso en la necesidad de descarbonizar la economía, los votantes de centro-derecha prefieren que se haga de forma progresiva y ordenada**, sin frenos predeterminados al crecimiento, frente a unas medidas inmediatas, drásticas y orientadas a aumentar el control del estado preferidas por los votantes de izquierdas.

- Además, los resultados muestran que una mayoría de votantes de centro-derecha apoya **aprovechar la respuesta frente al cambio climático para impulsar la economía de mercado y la competitividad** frente a una mayoría de centro-izquierda que lo ve como una oportunidad para impulsar las políticas de igualdad y aumentar el gasto público.

- Igualmente, los votantes de centro-derecha **aceptan medidas de protección del medio ambiente** que incluyan una mayor asignación de recursos para dicha tarea, pero **siempre que se minimice el impacto directo sobre la libertad individual** y que sean introducidas de modo cuidadoso y razonable.

- El estudio incluye una sección experimental de *framing* que concluye que **los votantes de derechas darían mayor apoyo a propuestas medioambientales si éstas provinieran de partidos políticos afines.**

- No obstante, la encuesta también confirma que **existe una duda extendida entre los votantes de derechas sobre el nivel de compromiso y la**

solvencia de gestión de los partidos de derechas en la conservación del medioambiente y la lucha contra el cambio climático.

Corpus para un pensamiento verde de centro-derecha

Los datos de la encuesta avalan que existe espacio discursivo para articular un pensamiento medioambiental que estaría cimentado en la defensa del realismo, la libertad personal y la prudencia para luchar contra el cambio climático, en contraste con el maximalismo, el intervencionismo y el alarmismo de las posiciones escoradas más a la izquierda.

El resultado no es sorprendente: **el realismo, la libertad y la prudencia son, al fin y al cabo, valores troncales del pensamiento liberal-conservador** que predomina. Pero aún más importante, son valores que junto con el restante de su ideario, revelan que este pensamiento está, a priori, perfectamente equipado como marco de análisis para resolver el dilema temporal e intergeneracional y abordar la complejidad económica de la lucha contra el cambio climático.

A continuación, elaboramos los tres pilares que pensamos apuntalarían ese pensamiento político verde liberal-conservador conforme a la evidencia demoscópica y a la reflexión teórica.

i) Realismo, adaptación y seguridad nacional

Un realismo medioambiental, es decir, la **honestidad, prudencia y rigurosidad tanto en el diagnóstico**

como en la formulación de soluciones, ha de ser el punto de partida. Esto sería coherente con lo que, según Michael Oakeshott, caracteriza a lo conservador: una preferencia por «*lo familiar a lo desconocido, lo experimentado a lo no contrastado, los hechos al misterio, lo factual a lo posible*». Es esa sana desconfianza hacia las panaceas impetuosas y tajantes de enfoque *top-down* frente a la preferencia por la lógica *bottom-up* de soluciones descentralizadas y graduales conforme al curso natural de los cambios sociales y económicos.

La transformación realista del modelo energético de nuestras economías, con la ingeniería y la tecnología en parte aún por desarrollar y el capital humano todavía por formar contrastarían con el eslogan y el discurso hueco y voluntarista que predomina en nuestro país⁷. **Y esa apreciación serena, equilibrada y descarnada de los múltiples obstáculos e impedimentos es imprescindible para el éxito de la transición ecológica por eficaz (para que sea legítima) y por legítima (para que sea eficaz).**

La realidad de las proyecciones científicas también nos obliga, por otra parte, a aceptar que el volumen global de emisiones seguirá en una trayectoria inercial que nos coloca en un escenario de cambio climático irreversible para los próximos 10-20 años. Por tanto, hasta que llegue a revertirse la tendencia, **hay que prepararse para varias décadas de deterioro climático inevitable**, asociado a una subida de temperatura media global de al menos 1.5°C. que acarreará un aumento a corto y medio plazo de la aridez, inundaciones y olas de calor.

⁷ Al respecto, basta con recordar el reciente discurso de la vicepresidenta del Gobierno, Yolanda Díaz (15 de noviembre 2021, www.eldiario.es).



Imagen: Su Roger/Scruton

España, por su localización y geografía, es especialmente vulnerable a esos fenómenos, con un impacto evidente en los rendimientos agrícolas, el sector turístico y la disponibilidad de recursos hídricos. Por este motivo, además de invertir en tecnologías de descarbonización, habrá que dedicar recursos a la mejora de resiliencia de nuestras defensas costeras e infraestructuras hídricas, energéticas y transporte.

Es bajo ese mismo prisma realista que finalmente se debe contemplar esa lucha contra el cambio climático como **una cuestión de seguridad nacional**, como ya lo hacen países acostumbrados al realismo geopolítico como Rusia o los EE. UU. (donde el último Informe Nacional de Inteligencia sobre seguridad nacional define al cambio climático como un «multiplicador de amenazas»⁸)

En la cuenca mediterránea, desastres climáticos más destructivos y frecuentes o con un impacto severo en las cadenas de suministro global amplificarían la inestabilidad política de nuestros vecinos y podrían provocar presiones migratorias de gran escala que nos abocarían a otra crisis política de gobernabilidad comunitaria en la UE. Es un riesgo real que cuenta con precedentes: varios estudios sostienen que la sequía global de 2010 tuvo un impacto relevante en el precio y suministro global de alimentos que exacerbaron las tensiones sociales en Oriente Medio que dieron lugar a la Primavera Árabe que precedió la guerra civil de Siria y la crisis migratoria de 2011-15 en Europa⁹.

Asimismo, existe el riesgo de que el abandono progresivo de combustibles fósiles dé lugar a más episodios de crisis inducidas de suministro energético en un contexto de tensión geopolítica en Europa Oriental, Oriente Medio o el Magreb con un impacto evidente en el precio de la energía minorista en los hogares españoles y europeos.

8 National Intelligence Estimate: Climate Change and International Responses Increasing Challenges to US National Security Through 2040 (Octubre 2021).

9 Peres, I. *Climate Change, Drought and Rising Food Prices Heightened Arab Spring*. American Scientific (4 de marzo de 2013).

ii) Transición ecológica en libertad

La transición energética es un proceso complejo que se extenderá durante varias décadas y que para su éxito necesita de un crecimiento orgánico y desconcentrado que no puede estar íntegramente planificado y dirigido por una autoridad centralizada. Exigirá, entre otras cosas, la financiación a gran escala de nueva capacidad instalada renovable, la transformación progresiva de los modos de transporte privado, el uso generalizado de reciclaje de materiales y la mejora de la eficiencia energética de edificios. **Todo ello implica una movilización de ingenio, iniciativa e innovación que solo una equilibrada y honesta colaboración entre lo público y lo privado puede llevar a buen puerto.**

Lo equivocado sería permitir que el estado marcara enteramente los parámetros de esa transición, estableciendo un marco restrictivo para empresas e individuos basado en la sospecha constante hacia el crecimiento y el consumo. Esto llevaría a una fricción incesante entre gobierno y ciudadanos y un déficit de colaboración entre estado y sector privado. También se ahogaría la innovación tecnológica y alimentaría el resentimiento popular contra la protección medioambiental.

Gran parte de la izquierda aboga por un enfoque estatista y reglamentista para la transición energética. Muchos además contemplan la lucha contra el cambio climático como una oportunidad histórica para monitorizar la actividad empresarial, interferir en las decisiones personales del ciudadano, generar nuevas cargas impositivas, ejecutar ingentes transferencias fiscales, aumentar el gasto público y el rol del estado, y alterar las relaciones comerciales entre países. Esas nuevas herramientas de fiscalización de la economía, junto con la narrativa de emergencia climática cada vez más patente en la ansiedad del votante, podría ser fácilmente explotado como pretexto para moldear la economía arbitrariamente y aumentar el intervencionismo estatal.

Es necesario un contrapeso que ofrezca soluciones alternativas a la transición ecológica intervencionista. Un enfoque *bottom-up*, que favorezca la libre iniciativa de asociaciones, empresas e individuos no sólo es más

eficaz para acometer grandes transformaciones socio-económicas. Evitaría que el fiasco de una transacción ecológica maximalista invite al oportunismo político de los radicales.

Asimismo, las **dinámicas de libre mercado hacen posible la tan necesitada toma descentralizada de riesgos que van parejo de la innovación y el emprendimiento**. Nuevas tecnologías para el almacenaje de energía eléctrica a gran escala, la captura atmosférica de dióxido, o los combustibles limpios de aviación van a necesitar de trabajosos procesos de ensayo y error cuya gestión de fracaso y éxito la empresa privada puede asumir a través de los incentivos comerciales legítimos. Y sería esa misma dinámica de incentivos la que, además, en colaboración con las instituciones públicas, podría impulsar la formación y reorientación del capital humano cualificado español especializado en transición energética.

Es necesario facilitar dinámicas razonables de mercado, es decir: aunar rentabilidad, para involucrar a empresas y emprendedores, y pragmatismo, para conseguir alcanzar objetivos tangibles. Una reconfiguración del *energy mix* inteligente y sensata debería ser suficientemente flexible como para dar acomodo temporal a fuentes de energía 'puente' para garantizar un suministro adecuado sin perjuicio de alcanzar la meta de cero emisiones netas. Quedan procesos industriales enteros (fabricación de materiales, industria pesada, transporte de mercancías, construcción, etc.) que deben ser descarbonizados en las próximas décadas y que serán un reto tecnológico que exige paciencia y perseverancia.

Por último, es **importante evitar medidas que impongan abruptamente restricciones en la vida cotidiana de los ciudadanos**. Los cambios deben ser, siempre que sea posible, progresivos y precedidos de un proceso de comunicación con agentes sociales y de mecanismos de equidad apropiados. Y las medidas deben enfocarse en posibilitar las decisiones personales responsables con toda la información disponible, promoviendo la transparencia de las implicaciones medioambientales de las elecciones individuales en términos inteligibles.

iii) La cercanía emocional al medio

El realismo práctico y la libertad individual son condiciones necesarias, pero no suficientes. Si el propósito último consiste en conseguir que la España sociológica y políticamente no progresista desarrolle una perspectiva sobre el medio ambiente conforme sus valores, ello requiere ir más allá del lo meramente programático e incardinar el medio ambiente en la identidad y señas de su pensamiento.

El terreno es, en principio, fértil para tal esfuerzo. Existe, dentro del espíritu humano, una afinidad por el medio natural, como explicaba Miguel Delibes:

«El hombre, nos guste o no, tiene sus raíces en la Naturaleza [...] la destrucción de la Naturaleza no es solamente física, sino una destrucción de su significado para el hombre [...] se le arrebató la pureza del aire y del agua, pero también se le amputa el lenguaje, y el paisaje en que transcurre su vida, lleno de referencias personales y de su comunidad [...].»

Pero para que la naturaleza pueda ser amada, es necesario que esta pueda ser entendida desde la cercanía: es la apreciación del entorno rural más familiar, de su biodiversidad, de la que nace la decisión libre (sin imposiciones de una instancia administrativa o estatal) de defender su conservación y hacer de ella un uso moderado y sostenible, como explica Scruton.

Este acercamiento emocional pasaría, en primera instancia, por acercar el medioambiente a la vida cotidiana, aumentando su presencia en las expresiones públicas y destacando (frente a referencias globales y distantes) ejemplos cercanos de riesgos, actuaciones y beneficios.

Empero, se presenta ahí un obstáculo práctico: aparte de algunos grupos minoritarios (agricultores, taurófilos, aficionados a la cinegética, o naturalistas), la existencia cotidiana de la mayor parte de la población transcurre en un entorno urbano, alejado de un contacto natural con el medio natural.

Por ello, la cercanía física por sí sola no es un ingrediente suficiente. Para desarrollar esa narrativa genuina y

convinciente, se debería poder desarrollar una *épica* medioambiental de apego a nuestro territorio y su natura con sentido nacional que involucre al conjunto de los ciudadanos.

Haría falta elementos inspiradores y ejemplarizantes que galvanicen ese sentido de propósito en nuestra sociedad, sobre todo entre aquellos (cada vez más en nuestra comodidad opulenta y secular) que anhelan una vocación de servicio. Se debe contemplar, sin tapujos, incorporar voces mediáticas que lideren la misión reparadora del medio natural. Existen en España un sinnúmero de comunicadores con talento (escritores, músicos, *youtubers*, cineastas, etc.) que pueden asumir ese papel y ocupar el vacío comunicativo de un pensamiento verde alternativo al de la izquierda.

Existen precedentes de la socialización de narrativas medioambientales en medios de comunicación. En esto, nuestro país fue pionero: mucho antes del éxito global del televisivo David Attenborough, España contó con un médico castellano, **Félix Rodríguez de la Fuente, que a través de la televisión convirtió la riqueza faunística española en un fenómeno de masas y acabó creando toda una generación de urbanitas conservacionistas.** Así describió él mismo su cometido:

«[...]queremos en todos los momentos, hacer cultura, acercar al hombre del campo o de la ciudad algunos retazos de lo que hace posible la existencia; o en otras palabras llevar a casa de todos un poco la naturaleza».

Conclusiones

Los entornos políticos, sociológicos e intelectuales que no pertenecen a la izquierda deben comprender que la gestión comprensiva e integral del entorno natural, no es una claudicación ante el socialismo sino un reto inevitable, un tren ineludible: o se sube a él o va a perderlo.

La defensa del medio ambiente y la lucha contra el cambio climático son causas que todas las corrientes de pensamiento en España pueden hacer suyas de manera explícita. Más allá del ámbito hegemónico del ecologismo progresista, existe la posibilidad de desarrollar un medioambientalismo en coherencia con unos principios basados en el respeto a la tradición, la nación y la libertad del individuo.¹⁰ Un enfoque centrado en el realismo y la prudencia frente a utopías y alarmismos está perfectamente equipado para abordar eficazmente los problemas complejos y de largo recorrido inherentes a la lucha contra el cambio climático.

Ese medioambientalismo alternativo en España ayudaría a generar consensos duraderos y razonables en torno a políticas públicas contra el cambio climático eficaces, razonables, prósperas y socialmente justas. Sería además un imperativo electoral para cualquier ambición de gobierno, un servicio al conjunto de los ciudadanos y una deuda moral con futuras generaciones de españoles.

¹⁰ Encuentro a propuestas concretas medioambientales y a modo de ejemplo, recomendamos consultar el trabajo llevado a cabo por los *think tanks* británicos de reciente creación *UK Onward*, *Conservative Environmental Network* y *Bright Blue*.



Imagen: Félix Rodríguez de la Fuente

Para saber más

Arias Maldonado, M. (2018). *Antropoceno. La política en la era humana*. Editorial Taurus.

Brinkley, D. (2010). *The Wilderness Warrior: Theodore Roosevelt and the Crusade for America*. Harper Perennial

Carney, M. (2015). *Breaking the tragedy of the horizon – climate change and financial stability*. Banco de Inglaterra.

Economist, The (2019). *Climate, freedom, and denial: What Green Thatcherism teaches us today*.

Ganguly, G. y Knight, Z. (2018). *Managing financial system stability and climate change - A preliminary guide*. HSBC Centre of Sustainable Finance.

Gates, B. (2021). *Cómo evitar un desastre climático*. Editorial Plaza Janes.

Jaccard, M. (2020). *The Citizen's Guide to Climate Success: Overcoming Myths than Hinder Progress*. Cambridge University Press.

Lieven, A. (2020). *Climate Change and the Nation State: The Realist Case*. Penguin.

Network for Greening the Financial System (2020). *NGFS Climate Scenarios*. <https://www.ngfs.net/ngfs-scenarios-portal/>

Oakeshott, M. (2017). *Ser conservador y otros ensayos escépticos*. Alianza Editorial.

Peres, I. (2013). *Climate Change, Drought and Rising Food Prices Heightened Arab Spring*. American Scientific.

Quintana Paz, M.A. (2020). *Cómo repensar nuestra relación con el medioambiente en tiempos de Covid-19: una propuesta conservadora*. Fundación Disenso.

Roldán, T. y Collado, N. (2022). *La Transición Ecológica y la Economía Política*. Política Exterior.

Scruton, R. (2021). *Filosofía Verde: Cómo reflexionar seriamente sobre el planeta*. Editorial Ivat SL.

Tapia Ramírez, I. (2021). *Un planeta diferente, un nuevo mundo*. Ediciones Deusto.

Thatcher, M. (1989). *Discurso a la Asamblea General de Naciones Unidas*. <https://www.margaretthatcher.org/document/107817>

Yergin, D. (2020). *The Map: Energy, Climate, and the Clash of Nations*. Allen Lane.



Imagen: Pixabay

Síguenos en



hola@clubtocqueville.com
www.clubtocqueville.com

ISSN: 2696-712X

El Club Tocqueville no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas en los textos que publica.
© Club Tocqueville y los autores.